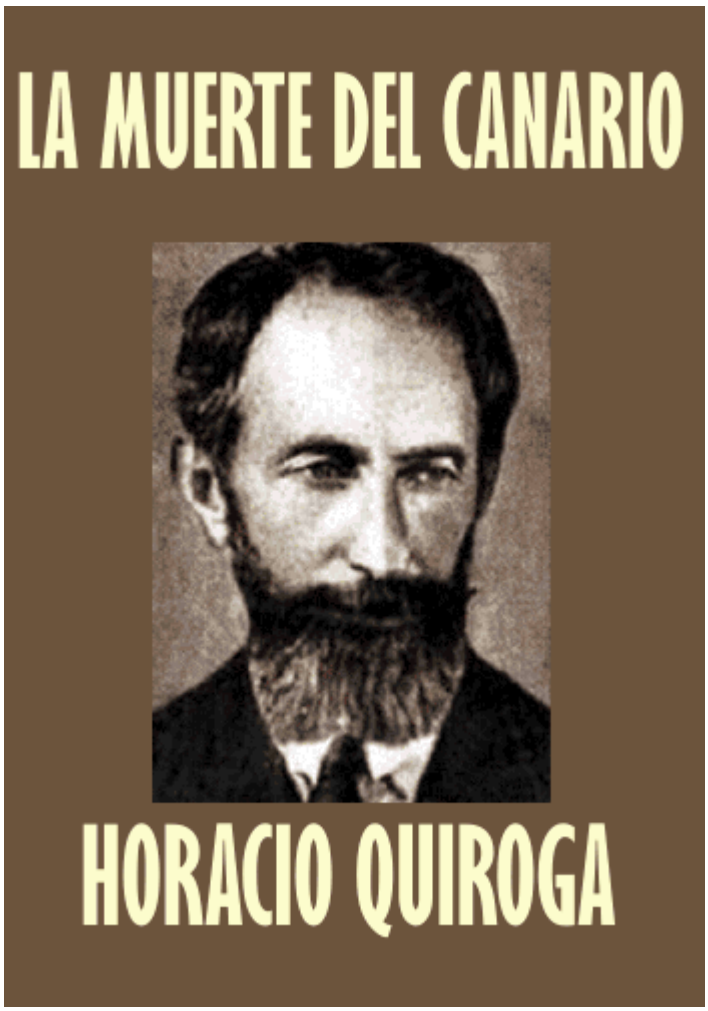
LIBRO dot.com

LA MUERTE DEL CANARIO

Horacio Quiroga



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Rubia, un poco delgada -no mucho- las mejillas arrebatadas en un rojo vivo de camelia, la alegría de Blanca era el encanto de la casa. Sus carcajadas, que habían conservado de la niñez ese ligero timbre de cristal que tiene la voz de las muñecas, eran siempre inopinadas; la madre hacía severas señas y el padre perdonaba sonriendo.

Quince años. De niña había sido enferma. Sólo Dios sabe lo que habían sufrido los padres, los pobres padres que velaron cuarenta noches seguidas, con los ojos rojizos. Una enfermedad caprichosa para la cual el mismo médico era torpe en su diagnóstico.

Y así transcurrieron los cuarenta días de martirio, con inefables esperanzas a veces, agravamientos súbitos en otras horas, como aquellos del infausto 12 de setiembre, cuando Blanca hubo de morir. Pero salvó, y ya crecida no se presentaron las perturbaciones que temía el médico.

Es así como Blanca llenaba toda la casa con su voz poderosa de señorita plena de salud.

Ahora bien, Blanca tenía novio. ¡Oh, no hay que enorgullecerse de haberlo adivinado! ¿Por qué, si no, aquellas risas súbitas que la echaban en brazos de su mamá, besándola cinco minutos seguidos? ¿Y aquellas tristezas que sus padres no veían, pero que eran bien ciertas, puesto que ella misma me las contó?

Pero no hay que pensar en el nombre del afortunado doncel; diré solamente que era alegre, muy alegre, vistoso como el manto de los príncipes, y pequeño, tan pequeño que todo el mundo hubiera reído conociéndolo. Era... era... diré de una vez: era un pájaro, sí, mis señores, un canario, un canario de lo más impertinente que se puede dar.

Figuraos que enamoraba a Blanca cantando, y cantaba aturdidamente, y la miraba, y se colocaba de perfil, e hinchaba la garganta, y piaba dulcemente, todo como un gran seductor, el lindo vanidoso.

¡Ay! Blanca se enamoró de él. ¡Pobre primo Felipe que tenía que perder toda esperanza! No reneguéis sin embargo de Blanca, porque la niña bien inocente era. ¿Cómo es posible vivir con el corazón tranquilo cuando oímos que una persona canta para halagarnos? Sí, persona, porque nadie hubiera podido convencer a Blanca, a pesar de sus quince años, de que los canarios no fueran personas. Además, ella sabía que en el teatro los tenores cantan siempre para las señoritas, y los tenores son tan bellos que hacen ciertamente llorar cuando mueren; ¡y tan enamorados!...

Así pues, como el canario era tenor y la niña lo oía siempre, un amor sin límites los cobijó en un íntimo secreto. El canario guardaba para Blanca sus más puros trinos; la niña guardaba para el canario la más fresca hoja de lechuga.

El tenorcito se desvelaba a veces esperando que las visitas se fueran para saludarla a solas; entonces batía las alas, se alzaba en sus patitas, inclinaba airosamente la cabeza y cantaba. ¡Oh! el pícaro seductor, ¡qué bien conocía a la niña! Ella, en efecto, transportada de amor, apoyaba los labios en la jaula; y la hermosa boca y el piquito rosado se juntaban, se suspendían en el tiempo, deliciosamente. Luego se apartaban, y el canario quedaba largo rato trémulo, latiendo apresurado su corazoncito.

En verdad, en verdad es preciso decirlo: era demasiada ternura para una avecilla. El amor de Blanca le abrasaba, sus lindos ojos eran asaz pequeños para desahogar su emoción llorando. Cantaba tristemente para advertir a Blanca cómo la alegría de sus amores le era fatal; y la niña, oyéndose llamar, acudía de nuevo, y el pobre piquito rosado se abismaba otra vez en la ardorosa boca de su amor, ¡pobre pequeño enamorado!

Así fue como un día murió, abatido de muchos días atrás, el novio de Blanca. Relatar el desconsuelo de ésta es imposible. Ni caricias, ni promesas de viaje, nada pudo distraerla de su dolor.

-Vamos, mi hija -concluía por decirle gravemente su madre-, sé un poco más sensata, que ya no eres una criatura.

Blanca, redoblando el llanto, callaba. ¿Cómo era posible decir a mamá, por más buena que fuera, que había perdido a su amor, el orgulloso cuanto desventurado tenorcito?

Ciertamente, la madre debía cansarse. Aunque la desesperación había pasado, Blanca quedó sumergida en una honda tristeza. En su cuarto, frente a la jaula ¡ay! vacía, donde vivió todo lo que en este mundo fue su amor, dejaba pasar las horas con la vista perdida quién sabe en qué ensueños de mejor dicha, el cuello envuelto en negra cinta de luto, cinta de raso negro que llevaba en la garganta, por la memoria de la más dulce, llena y conmovedora voz que en este mundo hizo latir el corazón de una apasionada doncella.

Blanca no era ya la misma. Dulce, sí, condescendiente, también, pero ni un beso, al levantarse, para mamá.

-¿Qué hacer, amigo mío? -preguntó un día la señora al padre. -No sé -replicó éste-. La chiquilla es terca, y cuanto más nos empeñemos en distraerla, más se abstendrá de complacernos. En último caso, llama a Felipe. Los chicos son hábiles, y probablemente hará entrar en razón a Blanca.

-¿Crees?... -sonrió la madre.

-Nada cuesta probar -concluyó el padre encogiéndose de hombros. ¡Ah Felipe, Felipe! Yo le compadezco de veras. Tendrá Vd. que consolar, no a su señorita prima, sino a una niña que ha perdido a su canarito. ¿Triunfará Vd. Felipe?

El primo, pues, fue llamado. ¡Pobre Blanca! la halló sentada en su cuarto, muy pálida.

La tomó dulcemente de las manos:

-Prima, primita mía, ¿no me quieres más? Soy yo, Felipe, que vengo a llorar contigo y a rogarte no hagas sufrir más a mamá.

-¡Qué hábil es Vd., señor Felipe!

-Gracias, querido primo, seré buena. Pero -dijo apretándole las manos y echándose a llorar sobre ellas- ¡si supieras cuánta pena tengo! ¡tan lindo, tan lindo, tan lindo!...

-¿Luego es verdad lo que me dijo tu mamá del canarito? -¿Qué?

-Que temía mucho estuvieras enamorada de él. Blanca bajó los ojos.

-Ve, prima mía -añadió Felipe mirándola largo rato y besándole las manos-, yo te quiero entrañablemente, y sabes que por evitarte un malestar haría no sé qué sacrificio. Tu eres buena, cariñosa, tienes un corazoncito de oro, pero estás causando una gran pena a mamá con ese modo de ser. ¿Que querías mucho a tu canarito? ¡Si a mí me pasaría lo mismo, sentiría de igual modo la pérdida de tan lindo animalito! Mas de eso a llorar desconsoladamente varios días hay un mundo de diferencia. Y no es posible que por un amor de muñeca, como el tuyo, te vuelvas huraña con mamá, y hasta te hayas olvidado ayer de besarla al acostarte, como ella misma me lo ha dicho. ¿Tienes algún otro motivo de pesar? ¿te han hecho sufrir de algún modo? Contéstame francamente, querida mía, o si no a mi vez me enfadaré yo.

Blanca oía atentamente, ocultando sus ojos bajo el pañuelo, aunque en verdad no tenía más lágrimas. La voz de su primo le entraba dulcemente en el corazón, como una voz querida, voz querida...

Felipe proseguía:

-Te veo llorar y no sabes qué pena siento al ver que mis consuelos son infructuosos. ¿No tienes deseos de ir a Montevideo? Pues le diré a papá que te lleve, e iré yo también, si tú quieres. ¿Deseas ir al teatro? Pues iré corriendo a buscar un palco, y verás, verás tontuela cómo te diviertes oyendo a los tenores...

Blanca escuchaba. Sus ojos, debajo del pañuelo, estaban abiertos, porque así creía oír mejor. Muy dulce, muy dulce era la voz de Felipe. Le prometía ir a Montevideo, al teatro, a muchos paseos... Era como un canto en que su corazón se diluía, un canto, sí. Y Blanca se asombró de pronto, quedó embargada como el pobre tenorcito que no podía resistir sus besos...

El canario cantaba aún en su corazón, pero débilmente.

-Prima, prima querida -avanzaba Felipe, estrechándola con dulzura-. Mamá está enfadada y tienes que darle muchos besos para que te perdone. Papá sufre también porque ya no le sirves el té, y piensa, con razón, que las niñas malas son la tristeza de sus padres... ¿Sí? No llores más, y hablaremos de tu canarito que era tan lindo. No llores que yo cantaré como él, verás.

Y el cauto doncel, levantándose sobre la punta de los pies, agitó los brazos, irguió la cabeza y exclamó con un falsete finísimo:

-¡Blanca, Blanca, ven a besarme! En seguida:

-¿No era esto lo que pedía tu canarito?

Lentamente, con miedo, fue levantando la cabecita mala. El pañuelo se deslizó, sus ojos muy abiertos vieron a Felipe, y echándose hacia atrás soltó la carcajada más alegre y divina que pueden oír los primos a solas con las primas.

-¿Ves? -rompió Felipe triunfante-, ¿ves qué bien canto yo?, ¿como el canarito, verdad? Veamos ahora si late tu corazón al recordarlo. ¡Señor Felipe!...

Y estrechándola, oprimió tiernamente su pecho. Blanca le dejaba hacer, los ojos aún brillantes por las últimas lágrimas.

¡Ay, el corazoncito latía muy aprisa!

-¿Verdad? -murmuró el doncel inclinándose sobre ella-, ¿late por él?

Blanca, esquivando la cabeza, la depuso en su hombro.

-¿Verdad? -insistió Felipe-, ¿lo recuerdas aún? Su rostro expresaba hondo desconsuelo.

Blanca se rió, y esta vez echándole los brazos al cuello y acogiéndose a su boca:

-No canta más.